

Capítulo 10

FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



Pontificia Universidad Católica del Perú FONDO EDITORIAL 2000

HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel
Telefax: 460-0872
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000
500 ejemplares
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

Cómo le recuerda un ecuatoriano

GUSTAVO RUALES VIEL

No sé qué admirar más en la personalidad de Félix Denegri Luna: si su capacidad intelectual y su trabajo como historiador, o su señorío y grandeza de alma. Tengo muy presente al hombre vital, de extraordinaria lucidez y don de gentes, y echo de menos los diálogos en que compartimos ilusiones y esperanzas, durante y después de la misión diplomática que me llevó a vivir cuatro años en Lima. Cuando discrepamos lo hicimos cordialmente, y con la vista puesta en el futuro de nuestras naciones fuimos cimentando una amistad que me honró sobremanera.

Recuerdo a Félix como al ilustre peruano que defendía con ardor la causa de su país sin renunciar a construir un sueño que alimentó con Alfredo Pareja Diezcanseco. Ellos conocían como pocos el pasado común de nuestros dos pueblos y apostaron a un destino compartido.

En ese ánimo surgieron muchas oportunidades de cruzar ideas para desbrozar el camino y trabajar en la recuperación de la confianza, base insustituible de todo esfuerzo para superar viejas diferencias. De allí en adelante, mentes lúcidas y con visión moderna —como la de Félix— apoyaron el proceso de paz como el esquema de conciliación de los grandes intereses de los dos países, que haría viable y conveniente el que ecuatorianos y peruanos se perciban como socios para el desarrollo.

Tuve una gran satisfacción al encontrar en Brasilia a Félix Denegri, el día en que los presidentes Mahuad y Fujimori firmaron la paz. Semanas antes recibí una esquelita en que me decía su alegría porque ya estábamos «cerca del puerto». Nos volvimos a encontrar en Quito, a fines de noviembre de 1998, cuando él acudió a una cita de historiadores que para entonces se inscribía en la decisión de consolidar la paz y la amistad de los dos pueblos.

En esta ocasión nuestra conversación estuvo dirigida a darle el mayor contenido a la nueva vecindad y nos complacíamos por los logros alcanzados. Pocos

días después debíamos encontrarnos nuevamente, en un homenaje que me proponía ofrecer a Félix, reunidos con amigos comunes. Una llamada telefónica desde la clínica nos puso al tanto de la muy delicada cirugía a la que había sido sometido. A lo largo de los siguientes días y noches fui testigo del afecto tan grande con que innumerables ecuatorianos seguían minuto a minuto las noticias de los médicos. Estuve ausente del Ecuador el día en que este amigo entrañable entró a la eternidad.

A quienes conocimos y admiramos a Félix Denegri nos queda su lección de vida. De esta vida tan rica en tantas realizaciones, como suscitador infatigable que fue de grandes iniciativas, por las cuales llegó a cumbres muy altas del espíritu. Con emoción destaco su testimonio de fe en las posibilidades de los dos países, ahora decididos a impulsar una fructífera convivencia marcada por la amistad, la solidaridad y la cooperación en todos los órdenes.